

XII.

Pero estaba escrito, como dicen nuestros amigos los moros, que muy pronto el rey debía fijar toda su atención en la villa de Madrigal, y que un gran proceso, un proceso de Estado, habia de compensar á don Rodrigo de Santillana de toda la fatiga y de todo el trabajo oscuro á que hacia mucho tiempo le tenian reducido los vulgares procesos de Madrigal.

CAPITULO II.

En que se empieza á entrar en lo más grave de nuestra historia.

I.

Por el mes de junio del año de 1595 habia llegado al convento de agustinos de Madrigal un padre grave, que durante un año y ostensiblemente para asuntos de la orden de san Agustin habia estado en Roma completamente autorizado por el general de la orden.

Este fraile era el reverendo padre maestro fray Miguel de los Santos, religioso portugués, que sin saberse por qué, habia pedido pasar á Castilla, al convento de su misma orden, que existia en Madrigal.

Era fray Miguel de los Santos un sacerdote austero, como de sesenta años, tenido en gran respeto por su ciencia y por su virtud, que habia logrado en otros tiempos una gran influencia en la córte de Portugal, por lo que los padres agustinos de Madrigal creian haber hecho una grande adquisicion con el pase de este reli-

gioso á su convento, y le tenían en grande loa y estima.

La orden del General de los agustinos para que fray Miguel de los Santos pasase á Roma á gestionar cerca de la Sede Pontificia de los asuntos de la orden, habia venido sin que nadie la esperase, y sin indicio alguno de que fray Miguel de los Santos hubiese hecho solicitud alguna para ello.

Tal era, sin embargo, el prestigio de que gozaba en la orden como sábio, justo y rígido el fraile portugués, que se atribuyó su encargo á una acertada eleccion del general de la orden, y nadie sospechó que el padre fray Miguel de los Santos hubiese ido á Roma á otra cosa que á asuntos de la misma orden.

Cuando volvió, fray Miguel guardó la más profunda reserva, y nadie se atrevió á preguntarle; pero se tenia una gran curiosidad, y no pudo menos de repararse en que fray Miguel de los Santos, que era hacia algunos años vicario de las monjas de Nuestra Señora de Gracia, iba al convento mucho más de aquello que su cargo le exigía, y pasaba largas horas encerrado con doña Ana de Austria, sin que nadie hubiese podido saber de qué asuntos hablaban el fraile y la infanta.

II.

Pero se notó que la infanta se hacia más seglar cada dia, que de Medina, que era el emporio del comercio español, á donde refluían todos los productos de la industria europea, venian ricas galas que en nada convenian á una monja, para la infanta, y que su servidumbre se aumentaba.

III.

Doña Ana de Austria apenas contaba veinticinco años, y era muy dama y muy hermosa.

En su semblante se veia el sello inequívoco de raza de la casa de Austria.

Tenia los cabellos rubios, el color blanco y pálido, los ojos grandes y azules, de un azul claro como el del cielo por la mañana, la nariz recta y un tanto larga, la boca pequeña, de labios rojos y el inferior grueso y un poco prominente, la garganta larga y bella, las formas redondas y dulcemente mórbidas, y el conjunto bello y majestuoso.

Decian algunos viejos que la conocian, y que se acordaban del emperador don Carlos, que doña Ana se parecía toda al emperador, lo que no tenia nada de extraño, puesto que era su nieta; y que en lo que más se parecía era en que á pesar de ser afable, era altiva, y en que se sabia hacer respetar la magestad, dando á la magestad un gracejo indefinible.

IV.

Preguntábanse muchos por qué razon era monja una infanta tan hermosa, sobrina de un rey tan poderoso como Felipe II, cuando muchos poderosos príncipes, siendo aún muy jóven doña Ana, la habian solicitado por esposa, y no sabian qué explicacion darse, sino que la infanta era tan altiva y tan pagada de sí misma, que

no habia encontrado un esposo que fuese digno de ella, más bajo que Jesucristo. III

Pero los que tal decian se engañaban: todo consistia en que doña Ana de Austria habia nacido excesivamente apasionada y soñadora, en que desde muy jóven habia contraido un espiritualismo exajerado: que habia buscado, siendo aún muy jóven, y antes de que hubiese hablado en su corazon el amor humano, lo grande, lo bello y lo sublime en la divinidad, habia caido en la contemplacion, y habia contraido eso que se llama vocacion al cláustro. II

Por esto habia sido monja doña Ana de Austria. III

V.

Pero el cláustro es uniforme y monótono, las monjas frias y feas, y en el recinto de los conventos, la contemplacion toma el carácter del ascetismo severo y descarnado: doña Ana no habia nacido para monja, su vocacion habia sido una equivocacion, y al poco tiempo de haber profesado, sus sueños se habian desvanecido; porque ella se habia levantado ó pretendido levantarse con un amor humano no comprendido, á un amor divino incomprendible, y se habia encontrado flotando sin un punto de apoyo en un vacío oscuro que pesaba sobre su alma como un océano de inaccion, como un caos sin horizonte y sin luz. I

VI.

Entonces fué cuando la monja infanta empezó á contraer hábitos seculares, á ejercer la presion de su

categoría sobre las monjas, á quienes dominó con facilidad. I

Entonces fué cuando se abrió en la parte exterior de la porteria del convento una puerta destinada á dar una entrada independiente á las habitaciones de la infanta, prévias las licencias necesarias, que se obtuvieron apenas pedidas, y otra puerta interior, que ponía en comunicacion la celda, ó mejor dicho, el pequeño palacio de doña Ana con el monasterio; entonces fué cuando más que como criadas, como damas de honor, pasaron al servicio de doña Ana, doña Luisa de Grado y doña María Nieto, hermosas y jóvenes, que habian sido encerradas en el cláustro y sacrificadas por conveniencias de familia; entonces fué cuando doña Ana pidió á su tío don Felipe II, y este se lo concedió, dueñas, meninas, gentiles hombres, pajes y todo cuanto convenia al servicio de una infanta de España. I

Doña Ana era, pues, una monja muy singular, tanto en su manera de vivir como en su traje. I

Recibia gentes, salia fuera del convento, como ya hemos indicado, daba saraos y mantenía mesa de estado, á la que asistian monjas, frailes y seculares. I

En cuanto al traje era tambien singular; sobre las ricas galas, sobre vestidos de brocado y seda, llevaba un pequeño manto de lana y un escapulario negro, del que no podia despojarse, y sobre los cabellos rubios, largos, cuidadosamente peinados, una sencilla toca blanca, que más que signo de profesion, era un bello adorno. I

De la misma manera vestian las hermanas doña Lui-

sa y doña María, y del mismo modo, aunque no eran monjas, para estar en armonía con su señora, las dos dueñas y las cuatro meninas.

Todo esto se toleraba, y es más, todo esto se ocultaba al severo Felipe II, que no había dado licencia á su sobrina para tanto, que creía que doña Ana guardaba rigidamente la clausura y el traje conventual, y que entre su sobrina y su servidumbre seglar, existía siempre la reja del locutorio.

El rey no podía saber esto, porque nadie se lo decía; y nadie se lo decía, por no perder los beneficios de la influencia que doña Ana de Austria, por su estado de perfección, según el rey, tenía sobre él.

Ni el mismo severísimo y tremendo alcalde de casa y corte, don Rodrigo de Santillana, que lo sabía y lo notaba todo, porque como hemos dicho, iba y venía con suma frecuencia de Valladolid á Madrigal, se había atrevido á decir ni una sola palabra por no exponerse á perder con una indiscreción su formidable vara de alcalde, con la que se había casado de una manera indisoluble, y á la que tenía un amor imponderable.

Doña Ana, pues, hacía todo aquello que quería, porque el rey no sabía nada; porque Felipe II era además inaccesible, severo, hombre de pocas palabras, completamente aislado en medio de su reino, rodeado únicamente de los magnates que tomaban parte en la gobernación del Estado, y que temblaban delante de él, y las hablillas no podían llegar á sus oídos de ningún modo.

VII.

Además de esto, de tiempo en tiempo doña Ana enviaba al rey alguna carta autógrafa que la escribía el Papa Clemente VIII, en que la llamaba su hija predilecta, elogiaba su piedad y su celo, y la aseguraba estar reservada por Dios á altos destinos, enviándola desde su silla pontificia su bendición apostólica.

Doña Ana acompañaba cada una de estas cartas del Papa con una larga y zalamera carta en que llamaba al rey su buen padre, con revelaciones que decía tener cerca de este ó el otro próspero suceso para Felipe II, y añadiendo una sarta de peticiones, ya de nuevos privilegios para el convento de agustinos, ya para exenciones para la villa, ya para el mayor lustre y riqueza de la comunidad de que formaba parte, ya de gracias y prerrogativas para éste ú el otro vecino acaudalado, contándose entre estas peticiones la de que el convento de cuya comunidad formaba parte se llamase de Nuestra Señora de Gracia la Real, en atención á ser monja profesada en él una infanta.

El rey robaba un momento á sus graves y multiplicados negocios, escribía una especie de sermón á doña Ana, estimulándola á que siguiese en su vida ejemplar, y á que mirase más al cielo que á la tierra, y concedía á su sobrina todo lo que le pedía porque la creía santa, y Felipe II quería estar bien con los santos.

VIII.

Hay que advertir, que Felipe II, á pesar de su terrible carácter, y de su suspicacia y de su sombría firmeza, que le valieron el sobrenombre, que le dió Enrique VIII de Inglaterra, de *Demonio del Mediodía*, si fué uno de los reyes más temidos del mundo, fué el que tal vez vivió más sin saber donde tenia puestos los piés, porque le engañó todo el mundo.

Así es, que nada tenia de extraño que le engañase su sobrina la monja doña Ana de Austria.

IX.

Es un axioma en política, que cuanto más tirano es un rey, tanto más de cerca le rodea la traicion, y tanto más se vé obligado á extremarse en la crueldad y á teñirse en sangre para no ser vencido.

Sus enemigos exteriores ayudaban á los traidores que tenia cerca de sí.

Los Países Bajos, enviando emisarios secretos á su hijo el príncipe don Carlos, ofreciéndole su vasallaje y su soberanía, hicieron traidor á aquel príncipe loco, y Felipe II, exagerado siempre en el recelo, no supo castigar á su hijo sino matándolo de una manera oscura y terrible.

Isabel de Inglaterra, ofreciendo su mano á don Juan de Austria, y el Papa protegiéndole, hicieron imprudente y no traidor á don Juan de Austria, y aquel pavoroso

rey, que habia matado por recelo á su hijo, mató tambien por recelo á su hermano. Entregó el rey todo el poder de sus armas al duque de Alba en Portugal, fiando en la lealtad y en los altos principios de don Fernando Alvarez de Toledo, y tambien se engañó; no porque el gran duque de Alba hubiese incurrido jamás, ni aún con el pensamiento, en la más leve traicion, sino porque habia creído enviar á un vasallo, y habia enviado á un rey; porque el duque de Alba era el último de aquel os nobles señores de la Edad media que se hombreaban con los reyes, que eran, si cabe, más soberbios que los reyes; que no encontraban sobre sí á nadie más que á Dios; que desempeñaban por su criterio propio, por su propia voluntad y como mejor querian, los cargos que les cometia el rey, y que como el Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, enviaban enhoramala al rey que les pedia cuentas, sin que al rey que de tal modo se veia tratado, le quedase otro arbitrio que encogerse de hombros, aunque el tal rey se llamase Fernando V ó Felipe II.

Don Felipe, pues, se habia engañado respecto al duque de Alba.

El duque de Alba habia obrado en Portugal por sí y ante sí con arreglo á la indómita fiereza de su carácter; en todos los actos de su gobierno en Portugal, el severísimo Felipe II creyó demasiada la severidad del duque de Alba para con los portugueses; temió que estos, demasiado oprimidos, se sublevasen desesperados, y envió al duque de Alba oidores para que le ayudasen en la gobernacion de Portugal.

Pero el duque, aunque el palo iba envuelto en seda, sintió el golpe, se irritó, y escribió al rey *que habia determinado ir á besarle las manos á su córte*, lo que no era otra cosa que una soberbia é irreverente dimision, ó mejor dicho, una frase que, traducida á su verdadero sentido, queria decir: idos enhoramala vos y vuestro reino de Portugal y vuestros oidores.

Pues bien: Felipe II se aterró cuanto supo la determinacion del duque de Alba de abandonar á Portugal; comprendió que si se habia engañado en enviar allí al duque de Alba, se habia vuelto á engañar al querer domar su carácter indomable; comprendió que el estado en que habia puesto los ánimos en Portugal el duque de Alba, solo el duque de Alba podia seguir reprimiendo á Portugal; sabia demasiado que una vez pronunciada una palabra por el duque de Alba, no habia poder humano que le hiciese retractarse de ella, ó dejar de ponerla en ejecucion; y como el duque de Alba *habia determinado ir á besarle las manos á su córte* y el rey no queria que el duque saliese de Portugal, no encontro más medio para salir del apuro que trasladar apresuradamente la córte adjunta á su persona á la frontera de aquel reino, y *dar en ella á besar las manos* al vasallo que de tal manera le humillaba y que se quedó satisfecho, porque una tal humillacion no podia menos de satisfacerle; porque en aquellas circunstancias, él habia sido más rey que el rey.

Felipe II, despues de esto, se trajo á sus oidores, y el duque de Alba se quedó en Portugal haciendo de las suyas.

X.

Y no es esto solo; como en política se engañaba y era continuamente engañado Felipe II, de la misma manera se engañaba y era engañado como hombre.

La mujer que habia logrado conmovier su corazón de hielo, la mujer que habia encendido en él la pasión amorosa de toda su vida, la princesa de Éboli, de quien se creia amado y de quien tenia hijos, le habia hecho traicion, amando como él se creia amado á su favorito, á su secretario Antonio Perez, para el cual no tenia secretos de ningun género el receloso Felipe II. Todo para este rey tomaba proporciones inmensas y trascendentales; quiso despedazar á Antonio Perez, y Antonio Perez se le escapó de la cárcel, y se refugió en Aragon, amparándose de los libres fueros de aquel reino. A causa de esto, Felipe II envió un ejército sobre Aragon; el pueblo de Zaragoza arrastró al marqués de Almenara, que habia pretendido servir al rey á pesar de los fueros, y á la terrible voz de *contrafuero y libertad*, recibió á mosquetazos al general Vargas que mandaba las tropas enviadas contra Aragon; Zaragoza fué vencida, el justicia Juan de Lanuza degollado, y rotos y desechos los fueros de Aragon.

Pero entretanto, Antonio Perez se habia salvado; habia pasado la frontera y estaba bajo el poderoso amparo de Enrique IV de Francia.

XI.

Si hubiéramos de enumerar todas las veces que Felipe II se engañó y fué engañado, llenaríamos un grueso volúmen.

Felipe II, con un exceso de autoridad nocivo, provocaba situaciones cuyos resultados no preveía ni podía preveer en su escasa inteligencia.

Los que le llaman el Prudente no comprenden, sin duda, que la prudencia es previsor, que no se la puede confundir con el recelo sistemático que conduce siempre al error.

Felipe II nunca previó; receló siempre, y su recelo le llevó de una á otra imprudencia, cuyos resultados fueron tan funestos, que la historia de Felipe II no es otra cosa que un largo, continuado y sangriento drama.

XII.

Así solo, por la ceguedad en que vivía Felipe II, persiguiendo peligros fantásticos, mientras el peligro real se deslizaba mudo é invisible á su lado, así solo se concibe, repetimos, al leer el proceso del Pastelero de Madrigal, que aquella imprudente y audaz conspiracion pasase desapercibida casi hasta el momento de llegar á su desarrollo, y que solo se supiese por una delacion, cuando las imprudencias de los conspiradores habian dado lugar mucho tiempo antes á que se descubriese por sí misma.

Así se comprende que aquella misma infanta á quien tanto estimaba Felipe II y á quien tenia en olor de santidad, fuese una de las principales personas, ó más bien, la persona principal de aquella conspiracion.

XIII.

Fray Miguel de los Santos habia estudiado demasiado bien á la infanta doña Ana, y habia comprendido que el claustro, á pesar de la libertad de que en él gozaba, era para doña Ana un lugar horrible, un martirio insostenible.

Doña Ana tenia la imaginacion soñadora, novelesca y aventurera, habia nacido para el amor, y sufría al verse obligada por su dignidad, por su gerarquía y por su estado, á renunciar al mundo.

Fray Miguel, antes de partir á Roma, habia procurado imbuir ciertas ideas en el ánimo de doña Ana.

Estas eran, que si bien el Papa no podia revocar los votos de una persona vulgar, podia revocar los de una persona real, si esta revocacion era conveniente á los intereses de un rey.

Doña Ana escuchaba esto como el desesperado que oye la enunciacion de una esperanza, por remota que sea, y cuando fray Miguel de los Santos la vió ya bien preparada, no se refirió ya solo á generalidades, sino que la dijo que habia tenido revelacion de que Dios no la queria monja, sino casada, y que la tenia guardada para causar el bien de un gran rey y de un gran reino.